

el inglés que le proporciona no solo diversion, sino dinero ; le inglés, su negocio, su bien, su propiedad ; el inglés, delante de quien va para enseñarle el camino, ó á quien sigue para robarle su pañuelo ; el inglés, á quien vende curiosidades, á quien proporciona medallas antiguas, á quien enseña su idioma ; el inglés, que le arroja al mar cuartos que recoge sumergiéndose ; el inglés, en fin, á quien acompaña en sus escursiones á Pouzzoles, á Castellamare, á Capri y á Pompeya. Porque el inglés es original por sistema : algunas veces no admite al guia matriculado y al ciceroni de número : se acomoda con el primer lazzaroni que se le presenta, sin duda porque el inglés tiene una atraccion instintiva para el lazzaroni, como este tiene una simpatía calculada para con el inglés.

Y preciso es confesarlo, el lazzaroni no solo es buen guia, sino tambien buen consejero. Durante mi permanencia en Nápoles, sucedió que un lazzaroni dió á un inglés tres consejos, de que se aprovechó perfectamente. Por lo que los tres consejos le habian valido cinco duros al lazzaroni, con lo que se habia asegurado una tranquila existencia para el tiempo de seis meses.

He aqui el caso.

IX

EL LAZZARONI Y EL INGLÉS

Estaba en Nápoles en el mismo tiempo que yo y en la misma fonda, uno de esos ingleses caprichosos, flemáticos, dominantes, que creen que el dinero es el móvil de todo, que se figuran que con dinero se debe lograr todo ; en fin, para quienes el dinero es el argumento que responde á todo.

El inglés se habia hecho este razonamiento. Con mi dinero diré lo que pienso ; con mi dinero me procuraré lo que quiero ; con mi dinero compraré lo que deseo. Si tengo bastante dinero para pagar bien la tierra, veré despues de poner precio al cielo.

Habia salido de Lóndres con aquella bella ilusion. Se dirigió directamente á Napoles, á bordo del vapor *The*

Sphinx. Una vez en Nápoles, quiso ver las ruinas de Pompeya; preguntó por un guía; y como no se encontraba el guía á mano en el instante mismo en que le quería, había tomado un lazzaroni para reemplazar al guía.

La víspera al llegar al puerto, había experimentado el inglés su primer contratiempo: el buque ancló aquella noche media hora despues de la en que los pasajeros podían desembarcar. Y como el inglés había estado constantemente mareado durante los seis días que el buque había empleado en el viaje de Porsmouth á Nápoles, el digno insular había sufrido con harta impaciencia aquella contrariedad. Por tanto, ofreció en el mismo instante cien guineas al capitán del puerto; pero como las leyes sanitarias son muy rigurosas y terminantes, el capitán del puerto le contestó riéndose en sus barbas; entonces el inglés se acostó mal humorado, echando á todos los diablos al rey que daba tales órdenes, y al gobierno que tenía la bajeza de ejecutarlas.

Gracias á su linfático temperamento, son los ingleses extraordinariamente rencorosos; nuestro inglés estaba, pues, de uñas contra el rey Fernando; y como los ingleses no tienen costumbre de disimular lo que piensan, declamaba con calor siguiendo el camino de Pompeya, y en el italiano mas puro que podía proporcionarle su gramática de Vergani, contra la tiranía del rey Fernando.

El lazzaroni no habla italiano, pero comprende todos los idiomas. Comprendía, pues, perfectamente el lazzaroni lo que decia el inglés, quien consecuente sin duda con sus principios de igualdad, le había hecho sentarse en su carruage. La única distancia social que existía entre el inglés y el lazzaroni, era que el inglés iba delante y el lazzaroni detrás.

Mientras caminaron por la carretera, escuchó el lazzaroni con impasibilidad todas las injurias que agradó al inglés vomitar contra su soberano. El lazzaroni en políti-

ca no tiene opinion fija. Puede decirse delante de él todo lo que se quiera del rey, de la reina ó del príncipe real: siempre que no se hable nada de la Virjen, de San Genaro ó del Vesubio, el lazzaroni dejará decir cuanto acomode.

Sin embargo, al llegar á la calle de los sepulcros, viendo el lazzaroni que el inglés continuaba su monólogo, hizo sobre su boca con el índice una señal de silencio; pero sea que el inglés no hubiese comprendido la importancia del signo, sea que mirase como depresivo de su dignidad ser obediente á la indicacion que se le hacia, continuó lanzando sus invectivas contra Fernando el muy Amado, creo que así es como se le llama.

— Perdonad, escelencia, dijo el lazzaroni apoyando una de sus manos en la vara de la calesa, y saltando á tierra con tanta ligereza como hubiera podido hacerlo Auriol, Lawrence ó Redisha; perdonad, escelencia, pero con vuestro permiso, me vuelvo á Nápoles.

— ¿Por qué volverte á Nápoles? preguntó el inglés.

— Porque yo no tener deseo de ser ahorcado, dijo el lazzaroni emplean á para responder al inglés el giro fraseológico á que parecia este muy aficionado.

— ¿Y quién se atrevería á ahorcar á tí? replicó el inglés.

— El rey á mí, respondió el lazzaroni.

— ¿Y por qué ahorcarte á tí?

— Porque vos haber proferido injurias acerca de él.

— El inglés ser libre para decir todo lo que quiera.

— El lazzaroni no serlo.

— Pero tú no haber dicho nada.

— Pero yo haber oido todo.

— ¿Y quién dirá que tú haber oido todo?

— El inválido.

— Cuál inválido.

— El inválido que va á acompañarnos para visitar á Pompeya.

- Yo no querer inválido.
 — Entonces vos no visitar á Pompeya.
 — ¿Yo no poder visitar á Pompeya sin inválido?
 — No.
 — ¿Yo pagándolo?
 — No.
 — ¿Yo dando el doble, el triple, el cuádruplo?
 — ¡No, no, no!
 — ¡Oh! ¡oh! dijo el inglés; y cayó en una profunda meditacion.

El lazzaroni se puso á ensayar el saltar por encima de su sombra.

— Con mucho gusto querer yo tomar el inválido, dijo el inglés al cabo de un momento.

— Entonces tomemos el inválido, respondió el lazzaroni.

- Pero yo no quiero callarme la boca.
 — En ese caso, pasadlo bien.
 — Yo querer que tú quedes.
 — En ese caso, permitidme dar un consejo á vos.
 — Da el consejo á mí.
 — Puesto que vos no querer callar la boca, tomad al menos un inválido sordo.
 — ¡Oh! dijo el inglés admirado del consejo; yo querer el inválido sordo. Aquí tener un duro para tí por haber hallado el inválido sordo.

El lazzaroni se dirigió corriendo al cuerpo de guardia, y eligió un inválido sordo como una tapia.

Comenzaron la acostumbrada investigacion, durante la que el inglés continuó desahogando su corazon por lo que hacia á S. M. Fernando I, sin que el inválido le oyese, ni el lazzaroni aparentase oírle: visitaron así la casa de Diomedes, la calle de los Sepulcros, la quinta de Ciceron, la casa del Poeta. En una de las alcobas de esta última, habia un fresco muy anacreóntico que llamó la aten-

cion del inglés, el cual sin pedir permiso á nadie, sentóse en una silla de bronce, sacó su album y comenzó á dibujar.

A la primera linea que trazó, se le aproximaron el inválido y el lazzaroni, el inválido queria hablar, pero el lazzaroni le hizo señal de que iba á usar de la palabra.

— Escelencia, dijo el lazzaroni, está prohibido sacar copias de los frescos.

— ¡Oh! dijo el inglés, yo querer esta copia.

— Está prohibido.

— ¡Oh! yo pagaré.

— Está prohibido, aun pagándolo.

— ¡Oh! yo pagaria el doble, el triple, el cuádruplo.

— ¡Os digo que está prohibido! ¡prohibido! ¡prohibido!

¿lo oís?

— Yo querer adsolutamente dibujar este animalito para hacer reir á Milady.

Entonces el inválido os lleva al cuerpo de guardia.

— El inglés ser libre para dibujar lo que quiera.

Y el inglés se volvió á poner á dibujar. El inválido se le aproximó con un aire inexorable.

— Perdonad, esclencia, dijo entonces el lazzaroni.

— Habla.

— ¿Quereis á todo trance dibujar este fresco?

— Lo quiero.

— ¿Y otros además?

— Si, y otros todavía: yo querer dibujar todos los frescos.

— Entonces, dijo el lazzaroni, permitid dar un consejo á vuestra esclencia; tomad un inválido ciego.

— ¡Oh! ¡oh! exclamó el inglés mas maravillado todavía del segundo consejo que del primero; yo mucho querer un inválido ciego. Toma dos duros por haber hallado el inválido ciego.

— Entonces salgamos; iré á buscar el inválido ciego, y vos despedis al inválido sordo pagándole.

— Pagaré al inválido sordo.

El inglés volvió á guardar su lápiz en el album, y su album en el bolsillo; luego saliendo de la casa de Salustio, fingió detenerse delante de una pared para leer las inscripciones de piedra rojiza que están trazadas en ella. Entretanto, el lazzaroni corria al cuerpo de guardia y volvia con un inválido ciego, á quien guiaba un perro de aguas negro. El inglés dió dos carlinos al inválido sordo, y le despidió.

El inglés queria entrar en el mismo instante en la casa del Poeta para continuar su dibujo; pero el lazzaroni consiguió que para desvanecer las sospechas darian una vueltecita. El inválido ciego marchó delante y la visita se continuó.

El perro del inválido conocia su Pompeya á pulgadas; era un bribonzuelo que conocia sus antigüedades mejor que muchos miembros de la Academia de las Inscripciones y Bellas letras. Condujo, pues, á nuestro viagero del taller del herrero á la casa de Fortunata y de la casa de Fortunata al horno público.

Los que han visto á Pompeya saben que ese horno público tiene una muestra singular modelada en barro cocido pintado de rojo, y por bajo de la que están escritas estas tres palabras: *Hic habitat felicitas*.

— ¡Oh! ¡oh! dijo el inglés, las casas estar numeradas en Pompeya! He aquí el número primero. Luego dijo en voz baja al lazzaroni: yo querer pintar el número primero para hacer reir un poco á Milady.

— Hacedlo, dijo el lazzaroni; entretanto yo distraeré al inválido.

Y el lazzaroni fué á conversar con el inválido mientras el inglés sacaba su boceto

El boceto estuvo terminado en pocos minutos.

— Yo muy contento, dijo el inglés; pero yo querer volver á la casa del Poeta.

— Castor! dijo el inválido á su perro; Castor, á la casa del Poeta.

Y Castor volvió atrás y se dirigió recto á la casa de Salustio.

El lazzaroni volvió á conversar con el inválido y el inglés terminó su diseño.

— ¡Oh! ¡yo muy contento, muy contento! dijo el inglés pero yo querer sacar otros.

— Entonces continuemos, dijo el lazzaroni.

Como se comprenderá, no faltaron ocasiones al inglés de aumentar su coleccion de chucherías; los antiguos tenían, con respecto á esto, una imaginacion poco fecunda. En medio de dos horas se encontró con un album muy respetable.

Despues llegaron á una escavacion: era, á lo que parecia, la casa de un rico particular, porque sacaban de ella multitud de estátuas pequeñas de bronce, y curiosidades preciosas que iban trasladando á una casa contigua. Entró el inglés en aquel museo improvisado y se detuvo ante una pequeña estátua de sátiro de seis pulgadas de altura, y que tenia todas las circunstancias necesarias para llamar su atencion.

— ¡Oh! dijo el inglés, yo querer comprar esta pequeña estátua.

— El rey de Nápoles, no quererla vender, respondió el lazzaroni.

— Yo pagaré lo que quieran, para hacer reir un poco á Milady.

— Os repito que no está de venta.

— Yo la pagaré el doble, el triple, el cuádruplo.

— Perdonad, escelencia, dijo el lazzaroni variando de tono, os he dado ya dos consejos que han salido bien; ¿que-reis que os dé el tercero? pues bien, no compreis la estátua, robadla.

— ¡Oh! tú tener razon. Para eso tener nosotros el inválido ciego. ¡Oh! esto ser muy original.

— Si; pero haber Castor que tiene dos buenos ojos y diez y seis hermosos dientes, y el cual con solo que toqueis á la figura con un dedo se abalanzará á vuestro pescuezo.

— Yo dar una bolita de veneno á Castor.

— Haced otra cosa mejor: tomad un inválido cojo: como habeis visto casi todo, metereis la estatua en vuestro bolsillo y nos pondremos en salvo. Gritará; pero nosotros tendremos piernas al paso que él no las tendrá.

— ¡Oh! exclamó el inglés todavía mas maravillado del tercer consejo que del segundo, yo querer el inválido cojo; toma tres duros por haber encontrado tú el inválido cojo.

Y para no dar que sospechar al inválido ciego, y especialmente á Castor, salió el inglés é hizo como que miraba una fuente rústica construida de conchitas, mientras el lazzaroni iba á buscar el nuevo guia.

Un cuarto de hora despues volvió acompañado de un inválido que tenia dos piernas de palo; sabia que el inglés no regatearia, y llevaba lo mejor que habia encontrado en su género.

Dió tres carlinos al inválido ciego, dos para él y uno para Castor, y despidió á los dos.

Nada quedaba por ver mas que los teatros, el Forum numidiarum y el templo de Isis; el inglés y el lazzaroni visitaron esas tres antigüedades con la veneracion conveniente; despues el inglés, con el tono mas indiferente que pudo adoptar, pidió ver otra vez el producto de las escavaciones de la casa que se acababa de descubrir; el inválido, sin desconfianza de ninguna clase, volvió á conducir al inglés al pequeño museó.

Entraron los tres en la habitacion donde estaban las curiosidades colocadas en tablas elevadas en la pared.

Mientras el inglés iba, volvía y daba vueltas, aparentando no pensar siquiera en tocar á la estatua, entreteníase el lazzaroni en colocar una cuerda delante de la puerta á la altura de dos piés. Cuando la cuerda estuvo bien asegurada hizo seña al inglés, el cual se metió en el bolsillo la pequeña estatua, y mientras el inválido asombrado, le veia ejecutarlo, saltó por encima de la cuerda y precedido por el lazzaroni se puso en salvo á todo correr por la puerta de Stabia, se encontró en el camino de Salerno un corricolo que volvía á Nápoles, saltó dentro y llegó á donde estaba su tilburi, que le esperaba en la via de Sepolcri. Dos horas despues de haber abandonado á Pompeya estaba en la Torre de Greco, y una hora despues de haber dejado á Torre del Greco estaba en Nápoles.

El inválido habia intentado al principio saltar por encima de la cuerda, pero el lazzaroni habia colocado su barrera á una altura que no permitia franquear á una pierna de palo; el inválido habia intentado entonces desatarla; pero el lazzaroni habia sido pescador en ciertas ocasiones y sabia hacer ese famoso nudo á la marinera que no es otra cosa que el nudo gordiano. En fin, el inválido, á ejemplo de Alejandro el Grande, habia querido cortar lo que no podia desatar, y sacó su sable; pero su sable que jamás habia cortado sino algun tallo, no cortaba ya absolutamente nada: de modo que el inglés estaba á la mitad del camino de Resina, cuando el inválido trabajaba todavía para serrar su cuerda.

En aquella misma noche se embarcó el inglés á bordo del vapor *The King Georges*, y el lazzaroni se perdía entre el tropel de sus compañeros.

El inglés habia hecho las tres cosas prohibidas con mas rigor en Nápoles: habia hablado mal del rey, habia copiado frescos, habia robado una estatua, y todo esto no por su dinero, que su dinero de nada le sirvió para aquellas tres cosas, sino por la feliz imaginacion de un lazzaroni.

Pero se dirá, entre esas cosas hay una que no es mas ni menos que un robo. Responderé que el lazzaroni es esencialmente el ladron, es decir, que el lazzaroni tiene ideas suyas respecto á la propiedad lo que le impide adoptar en ese punto las ideas de otros. El lazzaroni no es ladron, es conquistador; no oculta, sino que coge. El lazzaroni tiene mucho del esparciata: para él la sustraccion es una virtud, siempre que la sustraccion se haga con destreza. No hay mas ladrones á sus ojos que los que se dejan coger. Así, á fin de no ser cogido, el lazzaroni se asocia á las veces con el esbirro.

El esbirro no es casi siempre otra cosa que un lazzaroni armado por la ley. El esbirro tiene un aspecto formidable; lleva una carabina, un par de pistolas y un sable. El esbirro está encargado por la policia en segunda escala: vela por la seguridad pública cuando se halla entre dos patrullas. En caso de asociacion, al punto que la patrulla ha pasado, el esbirro pone una piedra sobre un marmolillo para indicar al lazzaroni que puede robar con toda seguridad.

Cuando el lazzaroni ha robado, el esbirro se presenta.

Entonces el esbirro y el lazzaroni hacen su particion como hermanos.

Verdad es que en este caso sucede alguna vez tambien que el esbirro roba al lazzaroni ó el lazzaroni estafa al esbirro: nuestro mundo miserable de tal modo camina de mal á peor, que ya no se puede contar con la conciencia ni aun de los bibrones.

El gobierno lo sabe y procura remediarlo cambiando de barrio á los esbirros; entonces tienen que hacer nuevas asociaciones y que organizar nuevas compañías de socorros mútuos.

El esbirro se pone en emboscada en la calle de Chiaja, de Toledo ó de Forcella, y cuando quiere, desde la noche del primer dia está seguro de establecer relaciones mer-

cantiles que le indemnizan de las que acaba de verse obligado á romper.

Como el lazzaroni no tiene bolsillos, siempre se encuentra su mano en el bolsillo de los demas.

El lazzaroni no tarda, pues, en ser cogido en flagrante delito por el esbirro; entonces se entabla el ajuste.

El esbirro, generoso como Orosmanes, propone un rescate.

El lazzaroni, fiel á su palabra como Lusignan, cumple su palabra á los diez minutos, á la media hora, lo mas tardar á la hora.

Sucede, sin embargo, algunas veces, como he dicho, que el esbirro abusa de su poder ó el lazzaroni de su destreza.

Un dia, pasando por la calle de Toledo, ví prender á un esbirro. Como el cazador de La Fontaine, habia sido insaciable, y habia sido castigado por donde pecó.

He aqui lo que habia sucedido.

Habia cogido un esbirro á un lazzaroni en flagrante delito.

— ¿Qué has robado á ese caballero vestido de negro que acaba de pasar? preguntó el esbirro.

— Nada, absolutamente nada, escelencia, respondió el lazzaroni (el lazzaroni da al esbirro el tratamiento de escelencia).

— Te he visto la mano metida en su bolsillo.

— Su bolsillo estaba vacío.

— ¡Cómo! ¿ni un pañuelo, ni una petaca, ni un portamonedas?

— Era un sabio, escelencia.

— ¿Y por qué te diriges á esa clase de gente?

— Le reconocí demasiado tarde.

— Vamos, sigueme á la policia.

— ¡Cómo! ¡si nada he robado, escelencia!

— Precisamente por eso, imbécil. Si hubieses robado algo, el asunto se arreglaría.

— ¡Y bien! he hecho tablas, he aquí todo; no siempre seré tan desgraciado.

— ¿Me prometes indemnizarme de aquí á media hora?

— Os lo prometo, escelencia.

— ¿Y cómo?

— Lo que haya en el bolsillo del primer transeunte será para vos.

— Sea, pero yo elegiré el individuo; no me acomoda que vayas á hacer otra vez una necesidad parecida á la otra.

— Vos elegireis.

El esbirro se apoyó magestuosamente en un guardacanton; el lazzaroni se tendió con indolencia á sus pies.

Un clérigo, un abogado, un poeta, pasaron sucesivamente sin que el esbirro desplegara sus labios. Un jóven oficial, apuesto, de buena presencia, engalanado con un vistoso uniforme, apareció á su vez; el esbirro dió la señal.

El lazzaroni se levanta y sigue al oficial; ambos desaparecieron tras el ángulo de la primera calle. Un instante despues vuelve el lazzaroni con su rescate en la mano.

— ¿Qué es eso? pregunta el esbirro.

— Un pañuelo, responde el lazzaroni.

— ¿Y es eso todo?

— ¿Cómo y es eso todo? ¡Es de batista!

— ¿Acaso no tenia mas que uno¹?

— Uno solo en aquel bolsillo.

— ¿Y en el otro?

— En el otro tenia su pañuelo de seda.

— ¿Por qué no le has traído?

— Aquel le guardo para mi, escelencia.

(1) En Nápoles se llevan dos pañuelos en el bolsillo: un pañuelo de batista para limpiarse el sudor, y otro de seda para sonarse; y aun hay elegantes que llevan otro con el que se limpian las botas para hacer creer que han ido en carruage.

— ¿Cómo para tí?

— Si. ¿No está convenido que partamos entre los dos?

— ¡Y bien!

— ¡Y bien! A cada uno su bolsillo.

— Yo tengo derecho á todo.

— A la mitad, escelencia.

— Quiero el pañuelo de seda.

— Pero escelencia...

— Quiero el pañuelo de seda.

— Eso es una injusticia.

— ¡Ah! criticas á los empleados del gobierno! ¡A la cárcel, bribon, á la cárcel!

— Tendreis el pañuelo de seda, escelencia.

— Quiero el del oficial.

— Tendreis el del oficial.

— ¿Dónde le volverás á encontrar?

— Ha ido á casa de su novia, en la calle de Foria; voy á esperarle á la puerta.

El lazzaroni se marchó, desapareció, y fué á ocultarse dentro de un gran portal de la calle de Foria.

Al cabo de un instante sale el jóven oficial; no ha dado diez pasos, cuando se le ocurre registrar su bolsillo, y observa que está vacío.

— Perdonad, escelencia, le dice el lazzaroni, ¿buscáis algo?

— He perdido mi pañuelo de batista.

— Vuestra escelencia no lo ha perdido, se lo han robado.

— ¿Y quién es el ladron?

— ¿Qué me dará vuestra escelencia si le presento el ladron?

— Te daré un duro.

— Quiero dos.

— Sean dos duros. Veamos, ¿qué haces?

— Os robo vuestro pañuelo de seda.

— ¿Para hacerme encontrar el de batista?

— Sí.

— ¿Y dónde estarán los dos?

— En el mismo bolsillo. Aquel á quien dé vuestro pañuelo de seda es el mismo á quien he dado ya vuestro pañuelo de batista.

El oficial siguió al lazzaroni; el lazzaroni entregó el pañuelo de seda al esbirro, y el esbirro metió en su bolsillo el pañuelo de seda. El lazzaroni libre ya, se pone en franquía. Detrás del lazzaroni va el oficial. Este coge por el cuello al esbirro, y el esbirro cae de rodillas. Como el esbirro de esta clase ha sido lazzaroni antes de desempeñar ese empleo, lo comprende todo al punto: él es el robado. Ha querido jugar con su asociado y se ve chasqueado por él. Otros que no fueran un lazzaroni y un esbirro, se odian en semejante circunstancia, pero el lazzaroni y el esbirro no se tienen rencor por tan poca cosa: en la obra es en lo que se reconoce al obrero. El lazzaroni y el esbirro están reconocidos como dos obreros de primera tijera. han podido apreciarse uno á otro. ¡Ojo á los bolsillos! ese será entre ellos el lazo que los una hasta la muerte.

X

EL REY NASONE

Ignoro si los lazzaroni, cansados de su libertad pidieron alguna vez un rey como las ranas de la fábula, pero lo que sé es que hubo un dia en que Dios les envió uno.

No era este ni un pavo real ni una grulla: era un zorro y de los mas finos que la estirpe real produjo jamás. Este rey tuvo tres nombres: Dios le llamó Fernando IV, el congreso le llamó Fernando I, y los lazzaroni le llamaron el rey Nasone.

Dios y el congreso anduvieron desacertados: uno solo de aquellos tres nombres le quedó, el que le fué dado por los lazzaroni.

La historia en verdad, le ha conservado indiferentemente los otros dos, lo cual no ha contribuido á hacerla mas

clara; pero ¿quién es el que lee la historia á no ser los mismos historiadores cuando corrigen sus pruebas!

En Nápoles nadie conocia, pues, á Fernando I ni á Fernando IV; pero en cambio todos conocian al rey Nasone.

Cada pueblo ha tenido su rey que ha reasumido el espíritu de la nacion. Los escoceses tuvieron á Roberto-Bruce, los ingleses á Enrique VIII, los alemanes á Maximiliano, los franceses á Enrique IV, los españoles á Carlos V y los napolitanos han tenido á *Nasone*¹.

El rey Nasone era el hombre mas astuto, el mas robusto, el mas diestro, el mas indolente, mas devoto y supersticioso de su reino, lo que no es poco decir. Mitad italiano, mitad francés, mitad español, jamás supo una palabra de español, de francés, ni de italiano; nunca supo el rey Nasone mas que un lenguaje, el dialecto del muelle.

Tuvo por hijos al rey Francisco, al principe de Salerno, á la reina Maria Amalia, es decir, á uno de los hombres mas sábios, á uno de los principes mas escelentes, á una de las mugeres mas admirablemente santas, que existieron jamás.

El rey Nasone subió al trono á la edad de seis años como Luis XIV y murió casi tan anciano como él. Reinó de 1779 á 1825, es decir, sesenta y seis años comprendiendo en ellos su minoria. Todo lo que acaeció de grande en Europa en la segunda mitad del siglo pasado y á principios del siglo presente, se verificó á su vista. Toda la historia de Napoleon se sucedió durante su reinado. Le vió nacer y adquirir proporciones colosales, le vió descender y derrumbarse. Encontróse mezclado en aquel drama gigantesco que trastornó el mundo desde Lisboa á Moscou y desde Paris al Cairo.

El rey Nasone no habia recibido ninguna educacion:

(1) No se tome en mal sentido este sobrenombre; es como si en lugar de decir Felipe V, dijésemos Felipe el Largo.

habia tenido por ayo al príncipe de San Miandro, quien no habiendo aprendido jamás cosa alguna, no habia creído necesario que su discípulo supiese mas que él. En cambio el rey manejaba las armas como un San Jorge, montaba como Rocca Romana y tiraba la escopeta como Cárlos X. Pero en cuanto á artes, á las ciencias, á la política, ni por un momento se habia pensado colocar su estudio en el programa del régio educando.

Así que el rey Nasone no abrió en su vida un libro ni leyó una memoria. Cuando llegó á la mayor edad, dejó reinar á su ministro: cuando se casó dejó reinar á su mujer. No podia dispensarse de asistir á los consejos de Estado, pero habia prohibido tener allí ni un tintero por temor de que su presencia diera motivo á escribir. Quedaba su firma, que no podia dispensarse de echar una vez siquiera por dia. Napoleon en un caso semejante habia reducido la suya á cinco letras primero, despues á tres y por último á una. El Rey Nasone hizo otra cosa mejor, tenia un sello en forma de garra.

Pasaba lo mejor de su tiempo cazando en Caserta ó pescando en Fusaro; terminada la caza ó acabada la pesca el rey se hacia tabernero, la reina tal-erñera, los cortesanos criados de taberna, y se vendian al por menor y mas baratos que los comestibles comunes, los productos de la caza ó de la pesca, y todo esto con el acompañamiento de disputas y juramentos que se pudieran oír en un mercado comun. Este era uno de los mayores placeres del rey Nasone.

El rey Nasone sabia de quien habia tomado su aficion á la caza. Su padre el rey Cárlos III, habia hecho edificar el castillo de Capo-di-Monti solo porque por aquella colina se verificaba un abundante paso de becafigas en el mes de agosto. Desgraciadamente al echar los cimientos de aquel sitio real, se habia descubierto que por bajo de ellos se estendian vastas canteras de donde hacia cien si-

glos sacaba Nápoles su piedra. Sepultáronse allí tres millones en construcciones subterráneas, despues de lo que se vió que no faltaba mas que una cosa para ir al castillo, era un camino. Compréndese que si Carlos III hubiese tenido como su hijo afición al comercio y hubiera vendido sus becafigas, vendiéndolas al precio ordinario, probablemente perderia mil francos próximamente en cada una de ellas.

El trastorno de la revolucion francesa fué á turbar al rey Nasone en medio de sus placeres. Tuvo un dia deseo de cazar á los hombres en vez de cazar venados ó jabalíes, soltó la trailla á la pista de los republicanos y se dirigió á atacarlos á las inmediaciones de Roma. Desgraciadamente el francés vió que se volvía contra él y tuvo precision de abandonar la plaza y dirigir la proa precipitadamente hácia Nápoles; fuéle preciso ademas cambiar de trage con el duque de Ascoli su escudero. Ocupó la izquierda, mandó al duque le tutease, y le sirvió en todo el camino como si el duque de Ascoli hubiese sido Fernando y este fuera el duque de Ascoli.

Mas tarde fué uno de los placeres mayores del rey referir aquella anécdota. La idea de que el duque de Ascoli hubiera podido ser ahorcado en lugar del rey ponía á la córte de bellissimo humor.

Habiendo llegado á Nápoles sin accidente alguno, juzgó el rey que no era prudente detenerse allí; dirigióse á su excelente amigo Nelson, le pidió un buque y se embarcó en él con la reina, su ministro Acton y la bella Emma Lyonna, de la que no tardaremos en volver á hablar; pero levantóse viento contrario: el buque no pudo salir del golfo y se vió obligado á volver á andar á cien pasos de tierra. Entonces los ministros, magistrados, oficiales, acudieron todos presuros para suplicar al rey volviese á Nápoles; pero el rey tuvo por mejor la Sicilia y envió á pescar oficiales, magistrados y ministros, recitando continua-

mente en voz baja sus mas fervientes oraciones para que el viento cambiase de direccion. Al primer soplo que se sintió del Norte levaron ancla y se alejaron á toda vela.

Pero la satisfaccion del rey no fué de larga duracion. Apenas la flotilla se hallaba en alta mar, cuando estalló una tremenda tempestad; al mismo tiempo el jóven principe Alberto cayó enfermo. El rey habia escogido por capitán de su buque al almirante Nelson, el cual pasaba en aquella época por el primer marino del mundo; sin embargo, como si el mismo Dios hubiera perseguido al rey, se rompieron el palo de mesana y la grande verga de su buque, mientras á cien pasos de él veía la fragata del almirante Carracciolo, en la que habia rehusado embarcarse fiándose mas del aliado que de su súbdito, la que avanzaba en medio de la tempestad con magestuosa calma, como si mandase á los vientos. Muchas veces estuvo al habla el rey por medio de la bocina con aquel buque, que semejante al del *Corsario rojo*, parecia un navio encantado, para informarse de si podria pasar á bordo de él; pero por mas que á cada señal del rey el mismo almirante se echase al mar en una lancha y se aproximase al buque real para recibir las órdenes de S. M., el peligro de transporte era demasiado grande para que Carracciolo se atreviese á cargar con su responsabilidad. No obstante, el peligro aumentaba por momentos. Llegaron por fin á dar vista á Palermo, pero la proximidad de la tierra hacia mayor el peligro: por hábil marino que fuese Nelson, sabia menos para entrar en el puerto con una mar gruesa, que el último práctico. Hizo, pues, la señal para preguntar si habia en la flotilla alguno mas familiarizado que él con aquellos pasages. Una lancha conduciendo á un oficial se destacó al punto de uno de los buques impelido por el viento como una hoja, y se aproximó al navic real. Cuando estuvo á corta distancia echaron un cable, el ofi-

cial le cogió, y le subieron á bordo; era el capitán Giovanni Beausan, discípulo y amigo de Carracciolo; respondía de todo. Nelson le entregó el mando: una hora despues entraban en el puerto de Palermo, y en aquella misma noche desembarcaban en Castello á Maré.

Al día siguiente al amanecer, cazaba el rey en su castillo de la Favorita, con tanto placer y tan distraído como si no hubiese perdido la mitad de su reino.

Entretanto Championnet tomaba á Nápoles, y el día que menos pensaba en ello, supo el rey Nasone que el mundo liberal contaba una república mas. Y esta era la república Partenopea.

Su cólera fué grande; no podía comprender cómo sus súbditos, abandonados por él, no habian guardado con mas rigor su juramento de fidelidad; esto era demasiado triste: el patrimonio de Carlos III habia disminuido en una mitad: el rey de las Dos Sicilias no tenia ya mas que una. Nobleza y clase media habian abrazado con ardor la causa de la revolucion; ya no quedaba al rey Nasone mas que sus buenos lazzaroni.

El rey Nasone dejó á Dios y á San Genaro el cuidado de cambiar los sentimientos de sus súbditos, hizo voto de edificar una iglesia por el modelo de la de san Pedro, si volvía á entrar en su buena ciudad de Nápoles, y continuó cazando.

Verdad es, que como hemos dicho, el rey Nasone era un excelente tirador. Cazaba siempre con bala, y estaba seguro de no tocar á la res mas que en el lomo; y en este punto Brazo de Cuero hubiera podido tomar sus lecciones. Pero lo mas original es, que exigia que los cazadores de su comitiva cazasen lo mismo que él; de lo contrario, se montaba en cólera, lo cual era muy perjudicial al culpable. Un día que habian estado cazando en el bosque de Fienzza, y cuando los cazadores formaban círculo al rededor de una doble hilera de jabalíes cogidos, observó el rey que

uno de estos estaba herido en el vientre. Al punto se le puso amarotado el rostro, y volviéndose hácia su comitiva; *¿Che è il porco che á fatto un tal colpo?* exclamó: lo que quiere decir con todas sus letras: ¿quién es el puerco que ha hecho semejante tiro?

— He sido yo, señor, respondió el príncipe de San Cataldo. ¿Será preciso prenderme por eso?

— No, dijo el rey, pero será preciso os quedeis en vuestra casa.

En lo sucesivo ya no fué invitado el príncipe de San Cataldo á las reales cacerías.

Otro de los crímenes que tenian el privilegio de escitar en un grado casi igual la cólera de S. M., era presentarse ante él con grandes patillas y el pelo cortado. Todo aquel que no estuviese completamente afeitado, cuya cabeza no estuviese empolvada, y que no adornase su nuca con una coleta mas ó menos larga, era para el rey Nasone un jacobino que habia que ahorcar. Un día el jóven príncipe Peppino Ruffo, que habia perdido todos sus bienes en servicio del rey, que habia abandonado patria y familia por seguirle, cometió la imprudencia de presentarse á él sin empolvar y con unas magnificas patillas napolitanas, cuya celebridad nadie ignora. El rey dió un salto desde su sillón hasta él, y cogiéndole con ambas manos por la barba. — ¡Ah bribon! ¡Ah jacobino! ¡ah setembrista! exclamó. ¿Acaso sales de un club, que así te atreves á presentarte á mí?

— No, señor, respondió el jóven; salgo de una prision en la que he estado sumido por tres meses, como fidelísimo súbdito de V. M.

Esta esplicacion, por mas satisfactoria que fuese, no tranquilizó completamente al rey, que conservó algun rencor al pobre Peppino Ruffo, aun despues que se afeitó sus patillas, empolvó sus cabellos y sustituyó un calzon corto á sus pantalones.

No habia en toda la Sicilia mas que un hombre que fuese tan colérico como el rey; era este el presidente Cardillo, que no conservando ni un cabello en la cabeza, ni un pelo en la barba, habia gozado desde un principio los favores de su soberano, gracias á la magestuosa peluca de que estaba adornada su frente; así á pesar de su carácter arrebatado, el rey habia sentido hácia él grande amistad, por mas que le fuesen antipáticas las gentes de toga. Designábale algunas veces para formar su partida de revesino. Entonces era aquel un espectáculo que se daba á la córte. Cuando jugaba con otro que no fuera el rey, soltaba el presidente la rienda á su cólera, vomitaba fuego por su boca, hacia volar los tantos, las fichas, las cartas, el dinero y los candeleros. Pero cuando tenia el honor de jugar con el rey se encontraba el pobre presidente con las manos atadas, y le era preciso tascar el freno. No dejaba por eso de coger con una intencion claramente manifiesta, candeleros, dinero, cartas, fichas y tantos; pero inmediatamente el rey, que no le perdía de vista, le miraba ó le dirigia una pregunta; entonces el presidente sonreia con agrado, volvia á dejar sobre la mesa el objeto que tenia en la mano, y se contentaba con arrancar los botones de su sobretodo, los cuales se encontraban al dia siguiente esparcidos por el suelo. Un dia, sin embargo, habiendo apurado el rey mas que de ordinario al pobre presidente, y descuidando su juego con aquella distraccion, se encontró el príncipe que le habia quedado un as, del cual podia haberse descartado.

— ¡Ah! Dios mio! ¡qué animal soy! exclamó el príncipe: hubiera podido dar mi as y no lo he hecho.

— ¡Y bien todavia soy-yo mas animal que V. M., exclamó el presidente, porque hubiera podido dar la quinola, y me ha quedado en las manos.

El príncipe, en lugar de incomodarse, prorumpió en

una carcajada: probablemente la respuesta le recordaba la franqueza de sus buenos lazzaroni.

Necesario es decirlo todo; el presidente Cardillo era como Nemrod un gran cazador, y tenia magnificas cacerias, cacerias reales á las que invitaba á su rey, y á las que su rey le hacia el honor de asistir. Verificábanse en su magnifico feudo de Ilice; y como en medio de la propiedad se elevaba un castillo, dignábase S. M. ir allá la vispera de las cacerias, en cuyo castillo cenaba y dormia, y donde permanecia algunas veces dos ó tres dias seguidos. Llegaron una noche como de costumbre, con la intencion de cazar al dia siguiente. Cuando se trataba de cazar no dormia el rey. Así, despues de estar dando vueltas toda la noche en su cama, se levantó al amanecer, y encendiendo su bujia, se dirigió en mangas de camisa hácia la alcoba del señor feudal. La llave estaba puesta en la puerta, Fernando tuvo deseo de ver qué rostro tenia un presidente en su lecho. Dió la vuelta á la llave y entró en su alcoba. Dios servia al rey á su manera.

El presidente, sin peluca y en camisa, estaba sentado en medio de la alcoba: fuése el rey derecho hácia él. Mientras el pobre presidente, sorprendido cuando menos lo pensaba, permaneció sin desplegar sus labios, el rey le puso la bugia bajo las narices para examinar bien la fisonomia que ponía, y en seguida comenzó á dar la vuelta á la estátua y al pedestal con una gravedad admirable, mientras por sí sola la cabeza del presidente, movable como la de un ídolo chino, le acompañaba con un movimiento de rotacion central igual en un todo al movimiento circular de su observador. En fin, cuando los dos astros ejecutaron su périplo, se volvieron á encontrar de frente. Y como el rey continuaba guardando silencio:

— Señor, dijo el presidente con la mayor sangre fria, no estando previsto este hecho por las leyes de la etiqueta, ¿debo levantarme ó permanecer así?

— Estáte quieto, estáte quieto, dijo el rey, pero no nos hagas esperar; están dando las cuatro.

Y salió de la alcoba con la misma gravedad con que habia entrado.

El honor que el rey dispensaba al presidente Cardillo yendo á cazar á su posesion, no tardó en despertar la ambicion de los cortesanos: todos, hasta las abadesas de los principales conventos de Palermo, llenando sus parques de corzos, venados y jabalies, se apresuraron á invitar al rey para que fuese á proporcionar á las pobres reclusas, de cuyas almas eran las directoras, la distraccion de una cacería. Concíbese que S. M. aceptaria con mucho gusto semejantes invitaciones. El rey era algo galante; casi olvidó su colonia de San Lucio. Era sin embargo la colonia de San Lucio una diversion sumamente grata. Encantadora aldea situada á tres ó cuatro leguas de Nápoles, todas las vidas y haciendas que en ella habia pertenecian al rey; únicamente las almas eran de Dios, lo cual no impedía que el diablo tuviera en ellas su parte. Salvo el turbante y el cordon, San Lucio habia llegado á ser el serrallo del sultan Nasone: el shah de Persia hubiera podido alguna vez dar parte á sus amigos y conocidos en un mismo mes de ochenta nacimientos.

Así que la poblacion de San Lucio posee hoy todavía privilegios de que no goza ninguna otra aldea del reino de las dos Sicilias; sus habitantes no pagan contribuciones y están exentos de la ley de reemplazo. Es verdad que todos, cualquiera que sea su sexo y edad, tienen la pretension de ser algo parientes del rey actual. Con la diferencia de que los mas ancianos le llaman mi sobrino, y los mas jóvenes mi primo.

Permaneció, pues, el rey Nasone en Sicilia cazando todos los dias, ya en sus bosques, en los del presidente ó en los parques de las abadesas, jugando todas las noches su

partida de whist ó de revesino, y no sintiendo mas que su ausencia del castillo di-Capo-di-Monti, donde habia tantas becafigas; su lago de Fusaro, donde habia tantos pescados, y su plaza del Muelle donde habia tantos lazzaroni, cuando un dia se presentó á pedirle autorizacion para reconquistar su reino, un hombre como de cincuenta á cincuenta y cinco años: era el cardenal Ruffo.

Fabrizio Ruffo era de una familia noble, pero poco notable. Mas como tenia el genio de la intriga desarrollado en el mas alto grado, gracias al papa Pio VI, cuyo favorito habia llegado á ser, habia adelantado mucho en la carrera de la prelatura, y habia obtenido un alto puesto en la cámara pontificia. Instalado en él, tuvo bastante destreza para crear su fortuna en tres años y la indiscrecion de dejar observar que la habia hecho. Habiendo escandalizado su fausto, se vió obligado Pio VI á exigirle su dimision. Ruffo se la dió, fué á Nápoles y obtuvo la intendencia del castillo de Caserta. Servia aquí con todo celo al rey Nasone en los placeres que S. M. iba á buscar á su posesion de recreo, cuando S. M. se refugió en Sicilia. El cardenal Ruffo le siguió.

Una vez allí, mientras el rey cazaba de dia y jugaba de noche, meditaba Ruffo acerca de la reconquista del reino. Cambiaba en Italia el aspecto de las cosas; las derrotas sucedian á las derrotas; Bonaparte parecia haber trasportado á la otra costa del Mediterráneo la estatua de la victoria. Diariamente aumentaban los enemigos que el Directorio tenia que combatir. Las escuadras turca y rusa combinadas habian vuelto á recobrar algunas de las islas Jónicas, sitiaban á Corfú y anunciaban que una vez posesionadas de aquel punto importante, se harian á la vela para las costas de Italia. La escuadra inglesa no esperaba mas que una señal para reunirse á ellas. Esperaba, pues, Fabrizio Ruffo que prendiendo el fuego en la Calabria, este fuego, como un rastro de pólvora, llegaria

rápidamente á Nápoles y abrasaría la capital. Fué, pues, como hemos dicho, á ver al rey.

El rey, á quien no se pedía ni hombres ni dinero, sino su autorizacion y ámplios poderes, concedió todo lo que el cardenal le pedía; despues de lo cual, rey y cardenal se dieron mutuamente su bendicion. Partió el cardenal á las montañas de la Calabria, y el rey al bosque de Fienzza.

Pasáronse próximamente dos meses. Durante aquellos dos meses, cazando el rey continuamente en la Favorita, en Montreal ó en Ilice, habia visto pasar una porcion de navios rusos, turcos é ingleses en direccion de su capital; y aun al retirarse una noche supo tambien que Nelson habia llegado á Palermo para tomar el mando general de la escuadra. En fin, una mañana, recibió un correo que le anunció que el cardenal Ruffo acababa de entrar en Nápoles, que la república Partenopea que habia venido con Championnet, se habia ido con Macdonald, y que los republicanos habian obtenido una capitulacion en virtud de la cual entregaban los fuertes, pero que en cambio les dejaba en salvo su vida y equipages. Esta capitulacion la firmaban Foote por la Inglaterra, Kandy por la Rusia, Bonnien por la Puerta y Ruffo por el rey.

Muy al contrario de lo que se esperaba, S. M. montó en cólera; le habian reconquistado su reino, lo cual era muy agradable, pero se habia tratado con rebeldes, lo que le parecia muy humillante. Nasone era nieto de Luis XIV, y por más popular que fuera, existia en él gran dosis del orgullo y despotismo del gran rey.

Tratábase, pues, de salvar el honor real desgarrando la capitulacion (1).

(1) He aqui los términos de aquella capitulacion:

1.º El castillo Nuovo y dell'Obo, entregados con armas y municiones á los representantes de S. M. el rey de las Dos Sicilias y de sus aliados la Inglaterra, la Prusia y la Puerta Otomana.

Una cosa, sin embargo, se temia: moraba entonces en Nápoles un hombre que estaba mas que el mismo rey; este hombre era Nelson. Nelson habia llegado á los cuarenta y un años de edad sin que aun su mas mortal enemigo pudiese echarle en cara mas que su famosa intrepidez. Habia recibido tantos honores como haya podido reunir el mas célebre vencedor. La ciudad de Londres le habia enviado una espada y el rey le habia hecho caballero del Baño, baron del Nilo y Par del reino. Poseia una fortuna envidiable, porque el gobierno le daba mil libras esterlinas de sueldo; el rey le pasaba una pensión de cincuenta mil francos y la compañía de las Indias le habia regalado cien mil escudos. Habia, pues, que temer que Nelson, á quien hasta entonces se le reconocia no solo por bravo entre los bravos sino tambien por leal entre los

2.º Las guarniciones republicanas de los dos castillos saldrán con los honores de guerra y serán respetadas en sus personas y en sus bienes muebles é inmuebles.

3.º Podrán á su eleccion embarcarse en navios parlamentarios para ser trasportados á Tolon, ó permanecer en el reino sin tener nada que temer ni por sí ni por sus familias. Los ministros del rey proporcionarán los buques.

4.º Estas condiciones y cláusulas comprenderán á las personas de ambos sexos encerradas en los fuertes, á los republicanos que han sido hechos prisioneros durante la guerra por las tropas reales ó aliadas y al campamento de San Martin.

5.º Las guarniciones republicanas no saldrán de los castillos hasta que los buques destinados al trasporte de los que hayan decidido partir, estén dispuestos á darse á la vela.

6.º El arzobispo de Salerno, el conde Michevieux, el conde Dillon y el obispo de Avelino quedarán como rehenes en el fuerte de San Telmo hasta que se sepa en Nápoles con toda certeza la llegada á Tolon de los buques que trasporten á aquella ciudad las guarniciones republicanas. Los prisioneros del partido del rey y los rehenes detenidos en los puertos serán puestos en libertad inmediatamente despues de la ratificacion de la presente capitulacion.

leales, no tuviese la ridícula idea de minorar aquella doble reputacion, y que no habiendo hecho nada hasta entonces que desmintiese su valor, no quisiese prestarse á lo que amenguaría su honra.

Y sin embargo, era preciso desgarrar la capitulacion firmada por Foote, Kandy y Bolnien.

Se acordaron que una mujer fué la que perdió á Adan, y para que se condenara Nelson pusieron los ojos en su amiga Emma Lyonna. Habia sido ésta una mujer perdida de Lóndres. No se la conocia padre; se ignoraba su patria; se sabia únicamente que su madre era pobre; creíase que nació en el principado de Galles, y nada mas. Un empírico charlatan la encontró y la brindó á que tomase parte en una especulacion nueva, reducida á representar la diosa Hygia. Este charlatan era el doctor Graham, autor de la *Megalantropogenesis*. Emma Lyonna acepta; se instala en el despacho del doctor á quien sirve de esplicacion viviente. Emma Lyonna era bella, acudieron á verla, y los pintores pidieron permiso para retratarla. Ronney, uno de los artistas mas populares de Inglaterra, la pintó representando á Venus, á Cleopatra, á Phryne. Desde entonces el crédito de Emma se aseguró y Graham hizo su fortuna.

Entre los jóvenes que desde la esposicion de la diosa Hygia, asistian con mas asiduidad á las lecciones del doctor, se contaba un jóven de la casa de Warwick, llamado Carlos Greville. Desde el dia en que vió á Emma Lyonna, propuso á la bella estátua abandonase al doctor por seguirle á él. Emma Lyonna empezaba á cansarse de servir á los curiosos y á los pintores. Su reputacion estaba hecha, un jóven de la aristocracia iba á ponerla en moda; aceptó. En tres años Carlos Greville gastó su fortuna, perdió un honroso puesto que ocupaba en la diplomacia y no le quedaba mas que la mujer á quien era deudor de su ruina pecuniaria y su caída social. Entonces ofreció á Emma su mano, tanta era la fascinacion que esta otra Laís ejercia sobre

ese nuevo Alcibiades. Pero Emma Lyonna calculaba demasiado bien para casarse con un hombre arruinado: en aquellos tres años se habia acostumbrado al oro y los diamantes, y no queria perder la costumbre. Bajo un pretexto de delicadeza con que el pobre Carlos Greville fué vilmente burlado, rehusó. Ocurrióle entonces otra idea. Tenia entonces en la córte de Nápoles un tio sumamente rico, llamado sir Williams Hamilton. Él era el heredero del anciano; pidióle dinero y permiso para casarse con Emma Lyonna. A aquella doble peticion habia contestado el tio con una doble negativa. Carlos Greville conocia el poder de Emma Lyonna sobre los corazones. Envió á su bella sirena á solicitar por los dos.

Efectivamente estaba unido á aquella mujer un fatal hechizo. Vió el anciano á Emma Lyonna y se enamoró de ella. Ofreció dar á su sobrino dos mil quinientas libras esterlinas si Emma Lyonna consentia á casarse con él. Quince dias despues recibia Carlos Greville su escritura de renta y Emma Lyonna pasaba á ser lady Hamilton.

Grande fué el escándalo. No obstante, ne podian negarse á recibir en el gran mundo al nuevo matrimonio; abrieronle, pues, todos los salones. La reina Carolina, aquella orgullosa princesa de Austria, la hermana de Maria Antonieta, mas altiva que ella, se negó absolutamente á hablarla, y procuraba volverla la espalda siempre que el acaso ponía en el mismo camio á la reina y la embajadora.

Por aquel tiempo llegó Nelson á Nápoles; el vencedor de la Veracruz, el que debia serlo mas tarde de Aboukir y de Trafalgar, sucumbió á la misma influencia y quedó prendado. Nelson podia ser un Aquiles, pero no era ni un Narciso ni un Paris; haba perdido un ojo en Carvi y un brazo en Canarias. Pero lady Hamilton era demasiado hábil para dejar escapar la fortuna que la ocasion ponía á su

alcance. Comprendió al punto la influencia que Nelson iba á ejercer en los acontecimientos, y por consecuencia en los hombres. Para Fernando y Carolina, no solo era la Inglaterra una aliada sino una libertadora. Nelson venia á ser para ellos no solo un héroe sino un semidios.

Todo cambió para Emma Lyonna con el amor de Nelson. La reina bajó de su trono y anduvo la mitad de su camino que la separaba de la aventurera; Emma Lyonna se dignó andar la otra mitad, bien pronto no se vió á la una sin la otra. En la córte, en el teatro, en Chiaja, en Toledo, en su carruage como en el palco real, Emma Lyonna tenia su sitio todos los dias, á todas horas, á cada instante. Emma Lyonna fué la favorita Carolina.

Llegó el dia de los desastres: Emma Lyonna, fiel á la amistad, ó mas bien á la ambicion, acompañó al rey y á la reina á Sicilia, arrastrando consigo á Nelson. El terrible capitán del mar era con ella obediente y dulce como un niño.

En aquella muger fué en quien Carolina puso los ojos para perder á Nelson; á aquellas manos estrañas fué á las que Dios entregó la existencia de los hombres y el destino de los reinos.

Emma Lyonna llevaba una carta credencial concebida en estos términos:

« La Providencia os entrega el porvenir de la monarquía napolitana; no tengo tiempo para escribiros una carta circunstanciada acerca del inmenso servicio que esperamos de vos. Milady, mi embajadora y amiga, os espondrá mi súplica, y todo el reconocimiento de vuestra afectísima,

CAROLINA. »

En esta carta iba un decreto del rey que consignaba, « no habia sido jamás la intencion del rey tratar con súbditos rebeldes: que en su consecuencia quedaban revocadas las capitulaciones de los fuertes; que siendo mas ó menos culpables de lesa magestad los partidarios de la pretendida república Partenopea, se estableceria un consejo de estado para juzgarlos castigando á los mas culpables con la muerte, á los demas con la prision y el destierro, á todos con la confiscacion de sus bienes. »

Otra orden debia hacer conocer la ulterior voluntad de S. M., y la manera como seria ejecutada. El rey y la reina podian en rigor escribir aquello, puesto que nada habian firmado: veian terminados los sucesos bajo el punto de vista de su poder y de su dignidad. Pero Nelson, el hombre del pueblo; Nelson, el hijo de un pobre ministro de la aldea de Burnham Thorp; Nelson, cuya palabra estaba comprometida por la firma de su representante; Nelson, que en todas aquellas cuestiones entre pueblos y reyes debia mantenerse tranquilo, imparcial y frio como la estatua de la justicia; Nelson, en quien la Europa tenia fijos sus ojos, y de quien el mundo no esperaba mas que una palabra para proclamarle defensor de la humanidad, como era ya el preferido de la gloria, ¿qué excusa tenia Nelson y qué responderia á Dios cuando Dios le pidiera cuenta de la existencia de veinte y cinco mil hombres sacrificados á un loco amor? El navio que conducia á Emma Lyonna abordó una noche al que conducia á Nelson; una hora despues volvia á bogar aquel hácia Palermo, llevando por todo mensaje esta conocida respuesta: « Todo va bien. » Al dia siguiente la capitulacion estaba ya rota.

Entre las víctimas habia una que debia ser sagrada para Nelson: su colega almirante Caracciolo. Despues de haber conducido al rey á Sicilia con tal felicidad que causó envidia al que pasaba por el primer guerrero que existia, Caracciolo habia pedido permiso para volver á Nápoles, y

lo había obtenido. Una vez allí se había aliado con los republicanos, con ellos combatió, había tratado como ellos, y como ellos hubiera debido estar bajo la salvaguardia de la honra de tres grandes naciones.

Caracciolo había conseguido escaparse á las primeras pesquisas, y por consecuencia á los primeros asesinatos; pero vendido por un criado, fué cogido en la habitación en que estaba oculto. Apenas Nelson supo su arresto, le reclamó como su prisionero. Una acción grande y generosa podía servir, si no de contrapeso, de paliativo al menos á la falta de fé cometida por el almirante inglés; Nelson podía reclamar su colega para sustraerle al consejo de estado; así se creyó, y se aplaudió: ¡Nelson reclamaba su colega para hacerle ahorcar en su propio navío!

El proceso fué breve: comenzó á las nueve de la mañana; á las diez fueron á decir se admitieran las pruebas y los testigos en favor del acusado; decisión que en todos los países del mundo, es un derecho, y no un favor. Nelson respondió que era inútil, y el tribunal prosiguió su procedimiento.

Al medio día fueron á anunciar á Nelson que el acusado había sido sentenciado á prisión perpétua.

— Os engañais, dijo Nelson al conde de Thou que le anunciaba aquella sentencia, ha sido condenado á muerte.

El tribunal raspó la palabra *prisión*, y en su lugar escribió la palabra *muerte*.

A la una fueron á decir á Nelson que el sentenciado pedía ser fusilado en lugar de ser ahorcado.

— Es preciso que la justicia siga su curso, respondió Nelson.

En consecuencia, trasportaron á Caracciolo á bordo del *Minerva*, era el buque en que combatía con preferencia. El almirante le había cuidado constantemente como un padre cuida á su propio hijo; y sin embargo, durante el

tiempo que había permanecido á bordo del buque inglés, había observado una multitud de detalles de construcción de esos que hacían entonces y hacen hoy todavía de la marina de la Gran Bretaña, una de las primeras marinas del mundo: explicaba estos detalles á un jóven oficial que había servido á sus órdenes, y llegaba á un punto importante de su explicación cuando el escribano se adelantó hácia él con la sentencia en la mano. interrumpióse Caracciolo y escuchó la sentencia con la mayor tranquilidad, luego terminada la lectura:

— Decía pues... añadió el almirante, y continuó su explicación en el mismo pasaje en que le había interrumpido la sentencia de muerte.

Diez minutos despues se balanceaba el cuerpo del almirante colgado de la punta de una antena. Por la noche cortaron la cuerda, ataron una bala de treinta y seis á los piés del cadáver y lo arrojaron al mar. Doce horas habían bastado para reunir el tribunal, dar la sentencia, ejecutarla, y hacer desaparecer hasta el último vestigio del sentenciado.

Entretanto los buenos lazzaroni gozaban con toda libertad; esperaban cantando y bailando al pié del cadalso ó de la horca los cadáveres que salían de manos del verdugo, y los arrojaban á las hogueras; luego cuando ya estaban asados al grado que les acomodaba, mascaban el hígado ó el corazón, al paso que otros inclinados por naturaleza á las diversiones campestres, se hacían silbatos con los huesos de los brazos, y flautas con los huesos de las piernas.

Tres meses de procesos, ejecuciones y suplicios habían restablecido la tranquilidad en la ciudad de Nápoles. El rey y la reina recibieron, pues, aviso de que podían volver á entrar en su capital. En aquellos tres meses Nelson y Emma Lyonna no se habían separado: fueron tres meses de felicidad para los tiernos amantes.

Por otra parte nuevos honores se tributaron á Nelson y reflejaban en su querida; el vencedor de Aboukir habia recibido el titulo de baron del Nilo; el que desgarró el tratado de Nápoles fué hecho duque de Bronte.

A los dos dias del en que se verificó la ejecucion de Caracciolo, se divisó una flottilla que iba de Sicilia; era el rey que volvia á tomar posesion de su reino. Pero el rey no miraba todavía el suelo de Nápoles como perfectamente seguro; resolvió estacionarse algunos dias en el puerto y recibia á sus fieles súbditos en su navío.

Al punto multitud de lanchas rodearon al buque; iban en ellas ministros que llevaban órdenes, diputados que iban á pronunciar arengas, cortesanos que intentaban mendigar puestos. Todos fueron recibidos con ese rostro risueño y paternal del que vuelve á entrar en su reino. Solo algunas lanchas fueron separadas de la corte como importunas; las que conducian á algunos enojosos pretendientes que iban á pedir el perdon de sus parientes sentenciados á muerte.

Pasóse la noche en medio del regocijo: á bordo del navío real hubo iluminacion y concierto.

Mas prestad por un momento vuestra atencion al estraño espectáculo que iluminaron las mil bujías del buque: oid el inaudito acontecimiento que fué á turbar aquel concierto.

Era la noche del 30 de Junio al 1.º de Julio: fatigado estaba el rey de todo aquel ruido, de todas aquellas adulaciones, de tanta infamia y cobardía, porque Nasone era hombre de imaginacion y penetraba al primer golpe de vista hasta el fondo de las cosas. Subió solo al puente y fué á apoyarse en el filarete del castillo de popa, y silbando un aire de caza se puso á contemplar aquella mar sin fin, tan tranquila, tan en calma, que reflejaba todas las estrellas del cielo. De repente surge del medio de aquella azulada sábana y á veinte pasos de distancia, un hombre que

sale fuera del agua hasta la cintura y permanece inmóvil frente á él. Fija el rey sus ojos en aquella aparicion, se estremece, vuelve á mirar, palidece; quiere retroceder, y siente que sus piernas le faltan; quiere pedir socorro y siente que su voz se le anuda en la garganta. Entonces, inmóvil, fija la vista, erizados los cabellos, manando abundante sudor de su frente, permanece clavado en aquel sitio por el terror.

Aquel hombre que sale de agua hasta la cintura, es el antiguo amigo del rey, es el sentenciado de la vispera, es el almirante Caracciolo, que con la frente erguida, lívido el rostro, destilando agua su cabellera, se inclina y se levanta á cada movimiento de la ola, como para saludar por última vez al rey.

Desátase al fin el mudo que detenia la lengua de Fernando, y se le oye pronunciar este grito terrible que resuena en el mas apartado rincon del buque:

— ¡Caracciolo, Caracciolo!

Al oír aquel grito acude todo el mundo; mas la aparicion en lugar de desvanecerse, permanece allí para todos. Los mas bravos se conmueven. Nelson, que cuando niño preguntaba qué cosa era miedo, palidece de emocion y de angustia, y repite la orden dada por el rey de bogar hácia tierra.

Entonces, en un segundo, cúbrese el buque de velas, se inclina y se desliza suavemente hácia Santa Lucía impulsado por la brisa del mar; pero he aquí ¡cosa horrible! que el cadáver se inclina tambien, sigue el surco que el buque deja en las olas, y movido por la fuerza de atraccion, parece que persigue á su asesino.

En aquel momento aparece el capellan sobre el puente: el rey se arroja en sus brazos:

— ¡Padre mio, padre mio! esclama, ¿qué me quiere ese cadáver que me persigue?

— Una sepultura cristiana, responde el capellan.

— Que se le dé, que se le dé en el mismo instante, esclama Fernando precipitándose por la escotilla á fin de librarse de aquel extraño espectáculo.

Mandó Nelson echar una lancha al mar y que fuesen á recoger el cadáver; pero ni un marinero napolitano quiso encargarse de aquella mision. Diez marineros ingleses entraron en la lancha; ocho remaron, dos sacaron el cadáver del agua. Entonces se conoció la causa del milagro.

El almirante, como hemos dicho, habia sido arrojado al mar con una bala de treinta y seis atada á los piés. El cuerpo se habia hinchado en el agua y siendo el peso demasiado débil para sujetarle en el fondo, habia subido á la superficie del mar, y por un efecto de equilibrio se habia enderezado saliendo hasta la cintura; luego, impulsado por el viento y arrastrado por el surco habia seguido al buque.

Al dia siguiente fué enterrado en la pequeña iglesia de Santa Maria de la Cadena. Despues de lo cual hizo el rey su entrada triunfal en la capital, y reinó pacíficamente sobre su pueblo hasta el momento en que Napoleon mandó le notificasen que acababa de disponer del reino de Nápoles en favor de su hermano José.

El rey Nasone tomó las cosas como filósofo, y se volvió á cazar á Palermo.

Duró aquel nuevo destierro hasta el 9 de junio de 1815, época en la que Joaquin Murat, que habia sucedido á José Napoleon cayó; á su vez S. M. napolitana volvió á cazar á Capodi-Montí y á Caserta.

XI

ANÉCDOTAS

Algun tiempo despues de haber vuelto el rey á Nápoles, Carlos IV fué allí á reunirse con él; tambien este estaba desterrado de su reino; pero no tenia una Sicilia á donde refugiarse, é iba á pedir hospitalidad á su hermano.

Era igualmente un gran cazador y pescador; así los dos hermanos, separados hacia tanto tiempo, estaban siempre juntos y cazaban ó pescaban desde por la mañana hasta por la noche. Ya no hacian mas que disponer partidas de caza al parque de Caserta ó al bosque de Persano, partidas de pesca al lago Fusaro ó á Castellamare.

Sabida es la gran ternura con que amaba Luis XIV á Monsieur. Bastante indiferente para con su esposa, bastante egoista para con sus queridas, muy severo para con